

XIV

UNDÉCIMA OBJECCIÓN.

La ciencia no encuentra en parte alguna el sitio del cielo, del infierno y del purgatorio.

Lo creo perfectamente: no es á la ciencia, sino á la fe, á quien le corresponde el descubrirlos. La ciencia no puede descubrir las cosas sobrenaturales, como tampoco puede descubrir la fe las cosas naturales. El dominio de la ciencia es la naturaleza, y ni el cielo, ni el infierno, ni el purgatorio, pertenecen al orden natural.

La fe, que es la ciencia divina, nos enseña que después de la muerte, el alma, completamente pura ó purificada, entra inmediatamente en posesión de Dios, para vivir eternamente su vida pura, inefable y bienaventurada; y á esto se llama *cielo*. Nos enseña también la fe que si está en pecado mortal, al separarse de su cuerpo, el alma entra inmediatamente en la eternidad desventurada con la total separación de Dios, la pérdida irreparable de su felicidad y los sufrimientos del fuego, terrible castigo de sus pecados; y á esto se llama *infierno*. Nos enseña, por último, la fe que el alma que deja el mundo en estado de gracia, pero sin haber satisfecho completamente por sus faltas, pasa en el fuego y en los sufrimientos del infierno un espacio de tiempo mayor ó menor en proporción á las exigencias de la justicia y santidad divinas, antes de entrar

en la eterna bienaventuranza; y ved ahí á lo que se le da el nombre de *purgatorio*.

El cielo, el infierno y el purgatorio pertenecen al orden de las realidades llamado espiritual, por oposición á las realidades corporales y visibles. Pertenecen á las grandes realidades *sobrenaturales*, que el ojo no tiene el derecho de ver aquí abajo, que el oído no tiene el derecho de percibir, y que el hombre puede conocer y conoce aquí en la tierra, pero sin poder comprenderlas, por la sencilla razón de que, siendo sobrenaturales, exceden á la comprensión de su razón natural. Estas grandes realidades no pertenecen al orden terrestre, que se ve, que se toca, que se descubre bajo el golpe del escalpelo y con el auxilio de un microscopio ó de un telescopio; el buscarlo por estos groseros medios es locura, y sobre locura estupidez.

El cielo, el infierno y el purgatorio son ante todo *estados*, estados espirituales y sobrenaturales, donde la criatura se encuentra colocada por la voluntad libre y positiva de Dios. Todo hombre que al mundo viene, toda criatura racional está destinada, quiera que no, á vivir en la tierra la vida de Dios que es la gracia: si corresponde á su vocación, hállese sobre la tierra en el estado *sobrenatural* de la gracia, germen del estado sobrenatural de la gloria; hállese camino del cielo, y entrará en él, es decir, en el estado sobrenatural de la bienaventuranza, de la santidad de los goces eternos. Si no corresponde á este llamamiento, ó si corresponde imperfectamente á él, hállese también sobre la tierra en el

estado sobrenatural del pecado mortal, ó bien en la alternativa entre el pecado y la gracia, entre la muerte y la vida sobrenaturales; y como á consecuencia indispensable, en cuanto muere entra en el estado *sobrenatural* de castigo doloroso, eterno ó temporal, que se llama infierno en el primer caso, y en el segundo caso purgatorio.

El cielo, el infierno y el purgatorio son por lo tanto, ante todo, *un estado*. Son también *un lugar*, pero un lugar de una índole y de una expansión absolutamente diversas de lo que en la tierra llamamos un lugar. El cielo es un lugar invisible superior é inferior á la vez, que está absolutamente *por encima* de la creación visible (que es *finita*), y al mismo tiempo al alcance del cristiano y en contacto con el alma fiel. Es como el alma y el cuerpo: el alma está muy *por encima* del cuerpo, y sin embargo está en el cuerpo, repartida por todo el cuerpo que la limita y la *localiza*, sin, que no obstante ocupe en él *lugar* alguno especial; está toda entera en todas sus partes, aunque no en todas esas partes ejerce las mismas funciones. Puede decirse con toda verdad que el cuerpo es el *lugar* del alma; y con igual verdad decirse puede que el alma, en su calidad de espíritu puro, no ocupa lugar alguno. Hay entre el alma y el cuerpo una unión, una intimidad incomprensible, y hay al mismo tiempo un abismo inseparable entre la substancia del cuerpo, que es material, y la substancia del alma, que es espiritual: ved ahí lo que es el cielo con relación á la tierra.

Así, pues, las almas puras y cristianas conquistan interiormente, por medio de la gracia, el cielo y al Rey del cielo, y entran en un estado sobrenatural que es celeste ya en este mundo y que se extenderá de una manera absoluta en la eternidad: *DENTRO de vosotros está el reino de los cielos*, nos dice el Evangelio. Y al mismo tiempo está por encima de nosotros y por encima de la naturaleza toda.

Lo que decimos del cielo, debe decirse del infierno y del purgatorio: son lugares á un mismo tiempo *inferiores é interiores*; lugares profundos á los cuales descienden las almas humilladas por el pecado, las criaturas *inferiorizadas*. En sí mismo, en su mala alma encuentra el pecador el germen del infierno; y si no sufre todavía la pena de daño, el tormento del fuego, sufre ya en la tierra casi siempre la pena de sentido; el martirio de los remordimientos, del temor y de la vergüenza.

El *fuego* del infierno y del purgatorio es un terrible misterio; por el Evangelio, por todas las relaciones del Antiguo y Nuevo Testamento y por la tradición unánime de todos los pueblos, sabemos que este fuego existe; y por la fe divina, no por la ciencia humana, sabemos que ese fuego es real, verdadero, eterno, tenebroso, horrible, y que devora los espíritus y los cuerpos sin consumirlos. Pero ¿en qué consiste? Ved ahí lo que Dios no nos ha dado á conocer. ¡Desventurado aquel que por experiencia llegará á conocerlo!

Según todas las apariencias, el fuego del infierno es

el mismo del purgatorio, sólo que en el purgatorio es transitorio y temporal. La pena del purgatorio es un tránsito, no un estado inmutable.

En cuanto á los Santos y á los Bienaventurados, sus *cuerpos* no gozarán de la ventura celestial hasta después de la resurrección, como tampoco los cuerpos de los réprobos participarán de las penas de sus almas hasta después de esta misma resurrección. En la eternidad feliz ó desgraciada no existirán los cuerpos en el estado en que los conocemos ahora: la teología nos enseña que, sin que se vuelvan espíritus, participarán del modo de existir de las substancias espirituales, y que no estarán ya sujetos á la ley terrenal de tiempo, lugar y espacio: serán, nos dice el Señor, *como los Angeles de Dios*. No serán espíritus, pero serán como ellos. "Nuestro cuerpo, añade San Pablo, resucitará *espiritual*." Los escogidos se asemejarán á los Angeles; los réprobos á los demonios. Santo Tomás, en la tercera parte de su *Suma*, dice cosas hermosísimas sobre este punto.

En el orden de las cosas sensibles, el cielo, el reino de lo alto, está representado por el cielo material, incommensurable, magnífico, que domina la tierra; y el infierno y el purgatorio están representados y como localizados en los profundos abismos de la tierra, que, como ya sabemos, son devorados por un fuego material inconcebible y por eternas tinieblas. Esos abrasadores abismos son con respecto al infierno y al purgatorio lo que el cuerpo con relación del alma; son un *lugar*, aunque sea muy inexacto este modo de hablar.

El cielo está allí donde está Cristo. Concretándonos á la tierra, debemos ver el cielo en el sitio que ocupa el Santísimo Sacramento, en los parajes donde se manifiesta la acción y el poder de Jesucristo, y en cualquier parte donde se halla una alma justa y fiel.

Perteneciendo todo esto, lo repito, á un orden distinto del de la naturaleza, único dominio de la ciencia, es muy *natural* y aun necesario que la ciencia humana, abandonada á sus propias fuerzas, no pueda describirlo ni comprenderlo. No es, pues, extraño que no sepa dónde está el cielo, dónde el infierno, y dónde el purgatorio. Nosotros los cristianos *sabemos* de una manera cierta que existen, y desde el momento en que los datos de la teología no desvanecen todas las obscuridades que hay sobre el *modo de ser* de esas grandes y tremendas realidades, fácilmente comprendemos que no todos podemos comprenderlo, y que aún más, tampoco debemos comprenderlo todo. Aquí creemos lo que vemos de ver allá, allá veremos lo que habremos creído aquí. Y los sabios incrédulos y los impíos verán de cerca el infierno, porque no habrán creído en él: ¡ay! entonces no será ya tiempo de creer.

XV

DUODÉCIMA OBJECCIÓN.

El Cristianismo no es más que una derivación y un perfeccionamiento de las antiguas religiones semíticas.

"En las antiguas religiones de Egipto, de la Persia y de la India, dicen algunos filólogos y algunos arqueó-

logos, se encuentran varios rasgos generales que indican una especie de identidad del Cristianismo con ellas. Es evidentemente la misma idea que se ha ido desfigurando y alterando en sus detalles á medida que ha pasado de un pueblo á otro, y que han ido transcurriendo los siglos. Vense, por ejemplo, los tipos de la unidad de Dios y de la Trinidad de los cristianos, un deslizo original en el que juegan su papel una mujer y una serpiente, un Redentor prometido y esperado, que luego aparece sobre la tierra y es adorado como un Dios, sin que falte también una Virgen, madre de ese Redentor. Penas y llamas eternas aparecen como castigo para los malos, y son recompensados los buenos con eternas delicias. Vense semi-dioses, buenos ó malos, protectores ó enemigos de los hombres, y presidiendo á los elementos materiales. Encuéntranse sus cultos, sacrificios, una jerarquía sacerdotal; en una palabra, la base de los dogmas cristianos. Es, por lo tanto, más que probable que el fundador del Cristianismo no hizo más que recoger y apurar todos esos datos primitivos, y que el Cristianismo es sencillamente la derivación y el perfeccionamiento de las antiguas religiones semíticas." Esto es lo que dicen.

El Cristianismo no es tal derivación ni tal perfeccionamiento de las antiguas religiones semíticas, como no es la moneda legítima la derivación ni el perfeccionamiento de la falsa. Nada más verdadero que ese fondo de creencias comunes que se encuentra en el fondo de todas las falsas religiones: los antiguos misterios de Isis

y Osiris en el Egipto, los de Brahma y Visnú y otras divinidades de la India, los de Mithra en la Persia, los de los druidas en las Galias, los de Odin en Escandinavia, y hasta los de la mitología griega y romana, todo, todo anuncia una especie de unidad en el fondo de esas fábulas tan groseras como impuras.

La fe cristiana es la que nos explica admirablemente la razón de esa conformidad naturalmente inexplicable: ella, en efecto, nos enseña que, ya desde el origen del género humano, Dios *se reveló* por sí mismo y de un modo sobrenatural al hombre, añadiendo así á las luces y á los conocimientos de la razón natural de Adán, otras luces, otros conocimientos de un orden superior: le reveló, exigiéndole que *lo creyere*, que en la unidad de su esencia divina y eterna habia tres personas distintas: el Padre, el Verbo y el Espíritu de Amor; que el Verbo debía encarnarse y hacerse hombre en la plenitud de los tiempos para ser Señor, Rey y Pontífice visible de la creación; que toda criatura, para ser salva, habia de creer en esa revelación y en el Cristo que tenia que venir, y permanecerle fiel, sirviéndole y amándole; que los prevaricadores encontrarían su castigo en el fuego eterno del infierno, y los fieles su recompensa en la divina bienaventuranza del paraíso; mandó al hombre que rindiera á su Dios un culto interior y exterior, y le enseñó otras muchas verdades cuyo conjunto formó la religión patriarcal. Y esta religión era en cuanto á la substancia, la misma que la de Moisés, la misma que la nuestra; era cristiana, en cuanto toda ella se referia á Cristo; era

católica, en cuanto era universal y hecha para todos los hombres sin excepción.

Noé, depositario de esta santa religión y segundo padre de la humanidad, la transmitió á sus hijos: á Sem, su hijo mayor, cuyos descendientes la llevaron al Asia; á Jafet, que la trajo á nuestra Europa, y á Cam, el hijo maldito, que la introdujo débilmente en Africa, patria de la raza caída. La América fué, según todas las probabilidades, poblada por los descendientes de Sem.

Pero el orgullo del espíritu, unido á la corrupción de las costumbres, alteró paulatinamente en la mayor parte de los pueblos las verdades primitivas de la religión del verdadero Dios: cada pueblo, bajo la influencia de su clima ó de sus gustos particulares, los fué cambiando insensiblemente, y de esta manera nació ó salió, por decirlo así, de la verdad el error, conservando empero, en medio de la depravación de formas y de detalles, los rasgos evidentes de su común origen. Ved ahí la única explicación verídica y científica de la singular semejanza que se nota en los fundamentos de todas las religiones, lo propio que acontece con los de todas las lenguas. Es la alteración de la religión y de la lengua primitivas.

Abraham, y después de él Moisés, fueron los escogidos por Dios para conservar intacto, en medio de la depravación universal, el depósito de la revelación y de la verdad cristiana; pues la verdadera religión ha sido siempre *cristiana*, por ser Cristo el centro luminoso á que todo se refería. El pueblo hebreo fué el único que per-

maneció fiel al Señor, y por esta razón mereció ser llamado el *pueblo de Dios*. Cumplió fielmente su misión hasta la venida de *Cristo Redentor*, quien confió entonces aquel mismo depósito, enriquecido con nuevas luces y con nuevas gracias, al sacerdocio católico y principalmente á los Pontífices romanos, sucesores de Pedro, hasta la consumación de los siglos. Por esto la revelación se nos presenta siempre en una unidad espléndida é inalterable siempre, desde Adán hasta Jesucristo, desde Jesucristo hasta el último Papa, hasta el último cristiano.

Nuestro Señor Jesucristo nada tomó de esas antiguas sectas que encontró esparcidas por la tierra. Lo que hizo fué revelar más explícitamente al mundo lo que en su calidad de *Verbo*, de palabra de Dios, se había dignado revelar á Adán, á los Patriarcas, á Moisés y á los Profetas. El Cristianismo es el complemento de la primera revelación; el desarrollo, no de las fábulas paganas sino de las verdades religiosas conservadas por los hebreos, que las habían heredado de los patriarcas. Del cielo procede y no de la tierra, y los pretendidos sabios semíticos que van á pescar en las aguas, más que turbias, de una antigüedad que no conocen, de un sanscrito que conocen menos, y de un hebreo que conocen mal, son imprudentes personajes cuyo solo mérito consiste en su impiedad.

Así, pues, esos rasgos de semejanza que tan evidentemente se manifiestan en las antiguas sectas religiosas del Asia (pues no debiera decorarse eso con el incommunicable nombre de *religión*), lejos de probar la te-

sis de nuestros modernos racionalistas, dan por el contrario un testimonio de la realidad de una revelación primitiva y de la santidad divina del Cristianismo, que hace brillar con incomparable luz todo lo que de verdadero, de puro y de divino había en aquellas falseadas religiones.

XVI

DÉCIMATERCIA OBJECCIÓN.

*Según los cálculos de la ciencia,
el mundo tiene que acabar por medio del frío,
en setenta ó setenta y dos mil años.*

Esta ciencia está contando sin la huésped. Podrá ser que siguiendo ciertos cálculos más ó menos aventurados lleguen algunos geólogos á esta refrigerante conclusión; pero, á más de que sus conclusiones distan mucho de ser exactas, esta buena gente, embebida en la observación de la naturaleza, olvida que, aquí como en todo lo demás, no es la naturaleza la única que juega, y que hay dos caballos que han de tirar de la carroza: el caballo de la derecha, el principal, es el orden de la gracia, la unión del misterio de Cristo y de la revelación cristiana; y el segundo, de la izquierda, que tira también, pero cuyas fuerzas están subordinadas al otro, es el orden de la naturaleza, al cual limita la humana naturaleza sus observaciones. Y así como la óptica es la resultante de la visual de los dos ojos reunidos, del mismo modo la ciencia total, la ciencia

completa, es la resultante de las luces de la ciencia sobrenatural que es la fe, y las de la natural que es la razón. Y aun esta comparación es defectuosa, en lo que concierne á la unión de la fe y de la ciencia humana, porque los dos ojos son totalmente, ó á poca diferencia, iguales, y vale tanto el uno como el otro, mientras que aquí la fe es por su naturaleza superior á la razón, por ser luz más viva y hallarse revestida de un carácter de certeza absoluto. Esto no quiere decir que una verdad científica quede destruída por una verdad de fe: ésta á aquella no la destruye, la completa. Si es una simple hipótesis, como las más de las veces sucede, la divina luz de la fe hace ver claramente sus lados defectuosos, ó por el contrario, sus lados verdaderos, y algunas veces su completa falsedad.

Esto acontece con el asunto del fin del mundo. La fe nos presenta como absolutamente falsa la hipótesis ó la conclusión científica del fin del mundo por medio de su congelación. Nos enseña que el mundo será, no *aniquilado*, sino transformado y purificado por medio del fuego. Con todas sus letras lo dice San Pedro en su Epístola segunda: "Los cielos y la tierra que ahora existen, fueron reconstituídos (después del diluvio) por el divino Verbo y reservados para el fuego en el día del juicio." Este fuego será sobrenatural por su intensidad y por su expansión, como en otro tiempo lo fueron las aguas del diluvio, castigo aplicado al mundo antiguo. San Pablo, nos dice además, que este incendio supremo tendra lugar "en un abrir y cerrar de ojos:

in actu oculi." El mundo, pues, ni terminará *naturalmente* ni por medio del frío, sino sobrenaturalmente y por medio del fuego. No es lo mismo una cosa que otra.

En cuanto á los setenta mil años, dejémoslos dormir en paz con los que con tanta gravedad los calculan. Nadie sabe, y según el Evangelio nadie sabrá de una manera exacta, la época en que deba tener lugar la segunda venida de Jesucristo, que precederá inmediatamente al fuego sobrenatural. Sin embargo, es lícito hacer sobre este particular las conjeturas que se quieran, pero nada más que conjeturas: hasta el Señor nos lo encarga cuando, prediciendo las señales que han de preceder á la venida del Anticristo y al fin del mundo, explícitamente nos dice: "Procurad no dejaros seducir.... Vosotros estad atentos: Ved ahí que os he predicho todo lo que sucederá.... Observad bien, velad y orad; porque no sabéis cuándo llegará el tiempo".... y luego, terminado el profético relato de las últimas pruebas á que se verán sujetos las hombres, añade: "Y vosotros, cuando veais acontecer todas estas cosas, sabed que Cristo está cerca, y que está á vuestras puertas; y cuando estas cosas comenzarán, atended y levanted la cabeza, porque vuestra redención se acerca." Por lo que toca á las señales precursoras, el divino Maestro las enumera una á una en el capítulo veinticuatro de San Mateo, en el veintiuno de San Lucas y en el trece de San Marcos. Mucho conviene leer y releer aquellos pasajes.

Los Apóstoles hablan continuamente en sus epístolas de este fin de los tiempos como de un suceso relativamente próximo, y entre otros San Pablo dice que el principio del fin no llegará hasta después de "la apostasía de las naciones."

Y esta apostasía que Santo Tomás de Aquino declaraba ya haber principiado en su tiempo, parece próxima á su consumación, merced al triunfo de las doctrinas revolucionarias que invaden cada día más el mundo y que han hecho apostatar á todas las sociedades en cuanto son tales sociedades. Ya, por decirlo así, no queda poder católico en el verdadero sentido de la palabra; bajo el punto de vista de los individuos, hay reyes y hay países católicos; pero no existen tales reyes católicos en cuanto reyes, ni naciones católicas en cuanto forman un cuerpo de nación, un Estado, un gobierno.

Otra de las señales que nos da el Señor en el Evangelio, y que parece también próxima á realizarse, es por una parte la disminución de la fe, y por otra la predicación del Evangelio por todos los países de la tierra.

"Este Evangelio del reino (de Dios) será predicado por todo el universo, en testimonio para todos los pueblos y ENTONCES llegará el fin." Ahora bien, ¿no ha sido predicada la fe casi en todo el universo? Las dos Américas y toda la Oceanía con sus innumerables islas han oído ya la palabra de nuestros misioneros: quedaba tan solo llevar el Evangelio á la llanura central del

Asia y al corazón del Africa, y ved cómo desde hace algunos lustros recorren aquellos países los apóstoles de la Iglesia santa. De seguro no pasará medio siglo sin que todos los pueblos hayan recibido el testimonio de Cristo y de su Iglesia.

Yo no soy profeta ni quiero sentar plaza de tal; pero aseguro, y por poca fe que tengáis seréis de mi parecer, que entre dos probabilidades, la de la proximidad relativa de los últimos tiempos está más de conformidad con los infalibles oráculos de la Escritura. Lo que no tiene duda alguna es que el mundo no acabará de una manera natural ni por medio del frío.

XVII

DÉCIMACUARTA OBJECCIÓN.

La ciencia moderna no admite el milagro: el milagro es físico y científicamente imposible.

¿Y por qué ha de ser imposible?

El milagro es muy posible desde el momento en que hay un Dios creador y soberano Señor del mundo. La ciencia que niega la posibilidad del milagro sólo puede ser la que niega la existencia de Dios. Es indudable que si no hubiese Dios, ó, lo que viene á ser lo mismo, que si Dios no se ocupase de las criaturas, el milagro sería físicamente imposible. Admitiendo por este sistema, que es el de Renan y de toda la moderna escuela racionalista, que la naturaleza entera es lo que

llamamos Dios, tendríamos que las leyes de la naturaleza serían leyes invariables, leyes que ninguna voluntad superior podría suspender; porque, en efecto, sólo puede interrumpir las leyes del mundo aquel que las ha puesto. Pero bien se deja ver que este sistema se cae por su misma base, pues supone que no hay Dios, lo cual es suponer un absurdo.

Un milagro es un hecho *evidentemente* divino, evidentemente superior á las leyes conocidas de la naturaleza. Para que haya milagro es menester que exista esta evidencia. El milagro es la intervención extraordinaria y evidente de la bondad ó de la justicia de Dios en los asuntos de este mundo.

El milagro es un *hecho*, un hecho exterior que los sentidos pueden afirmar con certeza, un hecho del que resulta de una manera absolutamente cierta que el dedo de Dios está allí donde el milagro se verifica. Pongamos por ejemplo la resurrección de un muerto. Ved ahí á un hombre positivamente muerto: la muerte se ha presentado claramente: hasta empieza la putrefacción del cuerpo. Viene otro hombre, y este hombre habla, da una orden al muerto, sin que haya podido emplear otro medio alguno, y el muerto recobra de pronto la vida, se levanta, anda, y se pone á hablar, á comer y á hacer todo lo que nosotros todos hacemos. Demostrado el doble hecho de la verdadera muerte y de la resurrección verdadera, es evidente que hay allí un milagro: en efecto, sólo Dios, dueño de la vida y de la muerte, es quien puede resucitar á un muerto. Si el